

Marco Antonio Coronel Ramos*

↳ Los [anti]silenos de Erasmo y el Lazarillo de Tormes

Resumen: Este trabajo es una lectura del *Lazarillo* desde la óptica de los movimientos espirituales de la España del siglo XVI. Desde esta perspectiva la novela puede relacionarse con otras obras de reforma de la cristiandad surgidas dentro de la Iglesia católica. De este modo el autor del *Lazarillo* queda relacionado con aquellos moralistas que, en línea con el erasmismo, claman por la elevación del nivel moral y formativo del clero. Con estos presupuestos se analiza el *Lazarillo* como recreación narrativa de lo que Erasmo denominó *antisilenos*, en la idea de que sus páginas reflejan en una primera lectura la ascendencia que han adquirido en la sociedad los valores reversos, mientras que, en una lectura más profunda, sería un aldabonazo en la conciencia del lector para persuadirlo a regirse por las auténticas virtudes cristianas.

Palabras clave: *El Lazarillo de Tormes*; Erasmo; Juan Luis Vives; Humanismo; España; Siglo XIX.

Abstract: This paper is a reading of *El Lazarillo de Tormes* from the perspective of the spiritual movements in Spain during the 16th century. From this perspective, the novel may be related to other works of reform of Christianity which arose within the Catholic Church. Thus the author of *El Lazarillo* is related to those moralists who, in line with the Erasmianism, called for raising the moral level and training of the clergy. Taking into account these assumptions, *El Lazarillo* is studied as a narrative recreation of what Erasmus called *antisileni*. In this sense the novel reflects the importance which reverse values have acquired in the 16th century society, whereas in a deeper reading, it would be considered a knock on the conscience of the reader to persuade him to live with the true Christian virtues.

Keywords: *El Lazarillo de Tormes*; Erasmus; Juan Luis Vives; Humanism; Spain; 16th Century.

1. El *Lazarillo*, ¿libro religioso?

Eminentes investigadores se han planteado qué importancia tienen los conceptos religiosos en el *Lazarillo de Tormes*. Muchos abordaron la cuestión con la intención primordial de debatir la autoría de la obra. Pensaban que podría determinarse quién la escribió a

* Marco Antonio Coronel Ramos es profesor titular de Latín en la Universidad de Valencia. Especialista en literatura neolatina y en las corrientes de espiritualidad desde el siglo XV al XVII, ha publicado, entre otros, La filología humanística y los textos sagrados: la “Epístola a los romanos” en versión de Sebastián Castellio (2010).

partir de las creencias o críticas a determinadas prácticas morales y de culto que pudieran reflejarse en la evolución vital de Lázaro. Para ello —recuerda García de la Concha (1972: 243)— ha sido usual aplicar una metodología consistente en analizar determinados fragmentos de la novela confrontándolos con otras obras para analógicamente trasladar la dimensión religiosa de éstas a aquélla. Nosotros nada tenemos que objetar a tal proceder si va acompañado del escrúpulo de no descontextualizar los párrafos escogidos. El contexto resulta el mejor compañero de viaje para situar el *Lazarillo* dentro de la constelación literaria contemporánea y desde luego para esclarecer la coherencia de su pensamiento religioso.

En este aspecto de la novela queremos incidir, porque estamos de acuerdo con Márquez Villanueva en que es un “libro esencialmente religioso” (1968: 70). Así lo señalaron de una u otra manera Castro (1967), Asensio (1959, 1960) o Rico (1967: xvi). Algunos han afinado más para calificarlo, como es el caso de Ruffinato (1989: 17), de parodia moral erasmista. El citado Márquez Villanueva afirmó al respecto que no era “comprensible desgajado del movimiento ideológico producido en España por la influencia de Erasmo” (1968: 74). Este acercamiento del *Lazarillo* al erasmismo fue contradicho por el propio maestro de los estudios del erasmismo español, Marcel Bataillon, que prefiere tener la obra por una muestra “de anticlericalismo ancestral, nada distinto del que actuaba en la tradición del *fabliau* y que no se relacionaba para nada con la crítica de Erasmo, quien no reprocha al clero *vivir* mal, sino *creer* mal” (1950: II, 211-212).

No es nuestra intención corregir al hispanista francés, que tantas y tan clarividentes páginas ha escrito sobre Erasmo y su influencia. Pero en este caso su visión en exceso reductora del erasmismo como movimiento de censura del cristianismo *farisaico* sostenido por ceremonias externas, le lleva a permanecer en la epidermis del *Lazarillo*. Por esto concibe la obra como crítica del *mal vivir*. Y ciertamente creemos que es así: en sus páginas hay un ataque evidente al *mal vivir* del clero, pero esto no excluye que exista también una censura al *mal creer*. No se olvide que, desde la perspectiva de Erasmo, el mal vivir no es más que resultado del mal creer, de ahí que la vivencia religiosa falaz, superficial y vacía, se considere origen de todo comportamiento descarnado e inhumano. En consecuencia, donde las creencias se desarrollan como prácticas culturales externas, la inmoralidad puede abrirse paso con firmeza. Sólo asciende al rango de *moral* la sociedad que se alimenta con la palabra y el ejemplo de Cristo. Este pensamiento vertebró el *Enchiridion* del holandés.

Tales argumentos permiten entender la insistente apelación de Erasmo y sus seguidores a que se reforme la moralidad del clero. No es menor la insistencia en que se eleve su nivel cultural. Esta decadencia moral y cultural se evidenciaba especialmente en el bajo clero. Por ello estamos de acuerdo con García de la Concha cuando remarca que en el *Lazarillo* sólo aparece clero bajo. Sin embargo, no creemos que se pueda utilizar este hecho para corroborar la opinión de Bataillon y aseverar que la novela es producto de un anticlericalismo de cortos vuelos o de un “anticlericalismo facecioso común” (García de la Concha 1972: 272). A nuestro juicio la aparición exclusiva de bajo clero en el *Lazarillo* deriva de la ascendencia erasmista de la obra.

2. Aspectos erasmistas del *Lazarillo*

En efecto, es un lugar común de los movimientos de reforma católicos —y eso es el erasmismo: un movimiento de reforma católico— que la reforma de la cristiandad debe

empezar por el bajo clero, porque es el que está más cercano al pueblo cristiano. Es el primer eslabón en la enseñanza de la doctrina y en la inmersión en la fe y en la imitación de Cristo del *vulgo* o pueblo llano. Teniendo esto presente puede concluirse que la aparición del bajo clero en el *Lazarillo* es consecuencia de la voluntad de su autor de retratar el efecto pernicioso que ejerce en la sociedad el mal ejemplo moral y la escasa formación del clero, y ello empezando por el primer escalón de la jerarquía eclesiástica.

No estamos de acuerdo, pues, con que el *Lazarillo* sea una reedición más de una ancestral sátira anticlerical. No hubiera provocado tanto impacto en la Europa del momento de ser simplemente un *fabliau*. El anticlericalismo no puede dar cuenta de la crítica desnuda y sin rodeos contra el fraude en la venta de bulas o contra los abusos y la opulencia de los ministros de la Iglesia. El *Lazarillo* es algo más que una constatación de anécdotas para provocar risa o para patentizar la decadencia de los sacerdotes. Es un *informe* que pretende servir de revulsivo o de tratamiento doloroso de choque para suscitar una reacción *sanadora* en el lector. Coincide en ello con obras que tienen el objetivo de propiciar la reforma del clero como el *Aviso de curas* (Díaz de Luco 1996) y la *Guía de preladados* (Colahan/Masferrer 2007) o incluso el *Diálogo de doctrina christiana* (Vives 2009). En la primera de estas obras se conmina a los curas *de a pie* a cuidar las almas de sus feligreses desde la vivencia de la fe y de la caridad, desde el cumplimiento del ministerio sacerdotal de la evangelización y desde la práctica de las virtudes morales cristianas. En la segunda se avisa a los obispos para que mantengan siempre la guardia y vigilen que sus curas *de base* sirvan de auténtica correa de transmisión de un cristianismo profundo y transformador. En la tercera obra citada el arzobispo de Granada enseña al párroco Antronio con la ayuda de un religioso llamado Eusebio los rudimentos de la doctrina no sólo para *formar* el alma de Antronio, sino para que éste sepa cómo debe adoctrinar a sus feligreses y, en especial, a los niños.

En definitiva, lo raro sería que en una obra donde se habla de la gente sencilla se pusiera en escena un alto clero que ni se suele mezclar con ese tipo de feligresía ni tiene por misión el cuidado espiritual y material del pueblo llano. Por esta razón hay quienes, conscientes de la hondura cristiana que transmina la novela, contradicen que sea un *fabliau* y aseguran que trasciende al propio erasmismo. Para estos autores el *Lazarillo* es un ejemplo de obra *reformada* (Hanrahan 1983: 337). A nosotros, sin embargo, no nos parece necesario recurrir a una *inspiración* reformada para interpretar la crítica a la venta de bulas e indulgencias. Esto es algo también habitual en los textos católicos de reforma. Además, en el *Lazarillo* no se encuentra una sola línea de cuestionamiento de algún principio doctrinal. Lo que hay es una constatación del *mal vivir* del clero provocado por su falta de preparación y por su carencia de fe profunda. Pero ya ha quedado dicho: esa constatación es coherente con la tendencia de las reformas católicas a poner el acento en la reforma moral y cultural del clero, particularmente del clero bajo.

Por esto nos mostramos antes de acuerdo con la calificación de libro esencialmente religioso que Márquez Villanueva le atribuyó. Pero este autor dijo más. Afirmó que no había sido escrito por “un vulgar espíritu irreverente” con la pretensión de hacer en son de burla “una utilización fácil del eterno tema anticlerical” y que nada de esto resultaría incompatible con que la obra tenga un “reverso de heterodoxia” y que sea un “corrosivo sarcasmo religioso” (Márquez Villanueva 1968: 70). Esto es cierto porque *heterodoxia* no significa automáticamente *reformado* o *protestante*, sobre todo cuando este término se aplica a la moral y no a lo doctrinal. Heterodoxo en este sentido es aquel que no calla

las inmoralidades del clero y el que, sintiéndose parte de la Iglesia, no siente reparo en satirizar corrosivamente a ese mismo clero. No lo siente porque su intención no es burlesca, como la del *fabliau*, sino pedagógica a través de la puesta en escena de un *contrafactum* o contrajemplo.

Si se acepta esto, el autor del *Lazarillo* puede ser calificado de heterodoxo, pero no de reformado. Sus burlas no son chistes, sino situaciones que contradicen el vivir cristiano más desde el concepto de voluntad que desde el de pecado. Dicho de otra manera, en el *Lazarillo* se constata la miseria humana desde la perspectiva de la actuación consciente y deliberada del hombre, desde el libre albedrío, no desde la irremediable tendencia pecaminosa del hombre manchado por la falta original. Sus personajes son sujetos que eligen. La raíz del tema planteado reside en que su apartamiento de Dios les hace elegir erróneamente, tal y como parecen demostrarlo sus actos interpretados a la luz de Rm 1, 21 “porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron las gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció”.

Todo esto parece inspirado en el racionalismo que caracteriza la religión moral de Erasmo, en la que el hombre escoge vivir desde el interior o desde el exterior. Su vida será el expositor de los frutos de esa elección. Por esta razón el autor del *Lazarillo* no entrará en debates doctrinales, porque el tema de su obra es la falta de ejemplo moral del clero más cercano al pueblo. Este tema se materializa en aquel ámbito que es el santo y seña del cristianismo: el amor o el ejercicio de caridad. Así se explica que las críticas se dirijan al bajo clero, pero concretamente por la manera en que éste pisotea el fundamento cristiano de la caridad. Esto es coherente con situar el *Lazarillo* en la órbita de la religión moral erasmiana, porque la moralidad se sustancia en el ejercicio de la caridad. Esta virtud teológica, superior según Pablo a cualquier otro carisma (1 Cor 13, 13), permite discriminar al auténtico cristiano del que no lo es.

Junto al ejercicio de la caridad y a la enseñanza de la doctrina se confiere al clero el ministerio de la administración de los sacramentos. En el *Lazarillo* el cura de Maqueda, cuando oficia la misa, sólo está pendiente del cestillo de las ofrendas. De este modo se conjuga la obligación sacerdotal de administrar con dignidad y seriedad los sacramentos con el mismo tema de la falta de caridad, siempre mezclada con la ambición y la tendencia a atesorar riquezas. Recuérdese a este respecto de los sacramentos que John Colet había incluido en su programa de reforma de la Iglesia la insistencia en la dignidad de la administración de los sacramentos (Kaufman 1982: 1-22). En cualquier caso no se debate sobre el sacramento en sí, sino sobre el modo en que los sacerdotes lo administran.

En consecuencia, parece que el autor del *Lazarillo* persigue mostrar cómo la sociedad contraviene el principio esencial del cristianismo, que es la caridad. Sin caridad lo ceremonial carece de valor. Las ceremonias y la religión exterior tasan las cosas y los comportamientos y construyen una teoría de méritos, mientras que la caridad subsume el mérito en la imitación de Cristo. La caridad, entendida como *sustancia* del cristianismo, fue identificada por Lorenzo Valla en *De voluptate* (Valla 1977) como el auténtico placer cristiano (Cilveti Lecumberri 1986: 62). De Valla tomó esta idea el erasmismo europeo dando origen a una noción del amor como causa eficiente más que final de la vida del cristiano. Ese amor *eficiente* es un impulso que procede de Dios y que se desarrolla en entrega para con el prójimo. El *Lazarillo* presenta justamente una sociedad en la que esta cadena causal se ha roto y a un clero que no contribuye en nada a reconstruirla.

Todo esto equivale a decir que una sociedad sin caridad es una sociedad sin Dios. Ese es el caso del *Lazarillo* y en esa clave puede descifrarse la crítica contra el bajo clero que pulula por sus páginas. No cabe mayor censura contra la Iglesia que constatar su negligencia a la hora de ejercer la caridad y su ineficacia en lo que respecta a su misión de enseñar a los hombres el amor de Dios. No necesitaba su autor complicar la trama de la obra incorporando un elenco más amplio de anécdotas, porque las utilizadas resaltan el incumplimiento mayor y más grave: no ejercer la caridad y no servir de ejemplo cristiano a los demás. Esta realidad es la que transforma la crítica religiosa en crítica política. Esta transformación es posible por situarse el tema de la novela, como antes se dijo, en lo moral y no en lo doctrinal. Si el centro de atención fuera lo doctrinal, como es más usual en textos reformados, estaríamos ante una polémica eminentemente teológica. Pero, en línea con el erasmismo, el *Lazarillo* permanece dentro del valladar de la reprensión moral.

3. Sociedad y fe

Es el erasmismo, por tanto, el puente que cruza el *Lazarillo* para resolver su cariz religioso en materia sociopolítica. Esto es posible porque toda sátira social reclama una ideología que permita discriminar los factores que hay que extirpar de aquellos que hay que promover. En el *Lazarillo* la sátira es eficaz porque el lector tenía presente el referente ideológico de la moral cristiano-erasmiana. Desde esta perspectiva contrastan en la novela una concepción del cristianismo estático, que justifica la permanencia de cada hombre en su nicho social, y una concepción dinámica –erasmista, que atiende a la permeabilidad social propia de una sociedad precapitalista–. El erasmismo dota a este tipo de cristianismo de unas normas éticas claras para regir el comportamiento y las obras de unos hombres en lucha por sobrevivir dentro de la vorágine urbana.

Este hecho ha llevado a algunos estudiosos a afirmar que el *Lazarillo* transmite positividad, porque retrata las posibilidades de un pobre diablo para medrar y alcanzar éxito (Uzzi/Colahan 2004: 21, 25). Desde esta perspectiva Lázaro sería paradigma de cómo puede lograrse reconocimiento social a través del esfuerzo (Friedman 1997), y el *Lazarillo* en su conjunto sería un relato en el que se reflejan las relaciones de la sociedad civil con los pobres. Estos movimientos son propios de un momento de expansión económica donde la masa depauperada trata de sobreponerse a la pobreza y encontrar un hueco de comodidad. El *Lazarillo* demostraría que resulta factible salir de la pobreza con esfuerzo frente al uso contrario de las sociedades estamentales (Cruz 1999: 4, 16-7, 20).

No es difícil aceptar que en esta obra reverbere la crisis de la sociedad estamental y el comienzo de una cultura preburguesa con permeabilidad social, pero ya es más problemático aceptar que su autor comparta los nuevos valores precapitalistas y que su propósito fuera ejemplificar con Lázaro el modelo de triunfador que logra reconocimiento a través del sacrificio y la maña. El resultado final de su vida, observado desde la moral erasmiana, le convierte más bien en un cínico. Lo ha dicho con palabras certeras García de la Concha: “En conclusión hay que decir que, visto objetivamente desde la perspectiva cristiana en cuya órbita social se mueve, Lázaro aparece al final de la novela como un cínico amoral, si bien esta actitud puede responder en él a una conciencia subjetivista práctica, compatible en la práctica con escasos y rutinarios vestigios externos –¡el enga-

ño a los ojos!— de la moral tradicional” (1972: 275).

Creemos que puede irse más allá y matizar que el éxito de Lázaro es en realidad la ratificación de un fracaso: el de la sociedad dineraria que se aparta de los valores de la imitación de Cristo. Su éxito no es moral, porque se sostiene en un relativismo subjetivo que convierte en valor supremo el bienestar personal por encima del amor cristiano. No es comparable, pues, el *Lazarillo* con un *fabliau*, porque las condiciones en las que surgió el anticlericalismo de farsa son totalmente diferentes a las que ahora impone la sociedad precapitalista. El *Lazarillo* es más bien el grito desgarrado y desgarrador de un escritor que observa con estupor cómo se apoderan de la moral unos valores contrarios a los cristianos. No alaba la posibilidad de medrar ni tampoco ciertamente la crítica. Su propósito no es ese, porque lo que persigue es escenificar cómo sólo se medra siendo un inmoral y abjurando de los principios del cristianismo. No es la permeabilidad social el tema del *Lazarillo*, sino las estrategias de la permeabilidad.

El cinismo de Lázaro se patentiza, por ejemplo, cuando confiesa “no ser más sancto que mis vecinos” (2006: 8). Su lucha es, por tanto, la misma que la de todos sus congéneres y sus trazas y mañas las mismas estrategias anticristianas de todos sus vecinos. Esta frase del prólogo igualará a todos los personajes del relato en el mismo nivel moral y en las mismas inquietudes vitales. Al tiempo revela la postración moral y cultural de un clero que, incluido en el apelativo de *vecino*, ha postergado su misión ministerial. Esta igualdad también se ilustra con el Lázaro triunfador cuando lo primero que hace es comprarse unas ropas usadas y una vieja espada de Cuéllar (2006: 127). Queda así de manifiesto lo externo de los frutos de la permeabilidad. En cualquier caso, Lázaro actúa así siguiendo su libre albedrío: “Lo grave es que no hay razón que fuerce a Lázaro a elegir en tal sentido, que no lo corrompe nada ni nadie en particular. Su aceptación del mal es acto libérrimo, que sobreviene cuando ni siquiera tiene la excusa del hambre. Es decir, que no se trata de una debilidad, sino de un *pecado* con todos sus requisitos teológicos. Y, peor aún, no se trata de un pecado cualquiera, sino de *el pecado* por antonomasia” (Márquez Villanueva 1968: 95).

Estamos de acuerdo con Márquez Villanueva sólo en parte: en que Lázaro actúa de esa manera en ejercicio de su libertad. Sin embargo, aunque no tenga excusas para ello, sí hay razones que explican esa opción. Una de las principales es su falta de formación en valores cristianos, otra la carencia de padres preocupados por su educación y de buenos maestros y, además, su contacto con un clero que le ha enseñado a no practicar la caridad. En realidad el foco de la novela no está iluminando los requisitos teológicos del pecado, sino certificando los comportamientos perversos de una sociedad que no puede dar a luz más que a sujetos corruptos. En realidad lo que queda claro es que la permeable sociedad precapitalista se rige por los valores estáticos de la religión exterior y ceremonial. La razón de esta contradicción reside en la mutación efectiva de la sociedad desde el punto de vista de lo social, que convive con la pertinacia de una vivencia religiosa, inhábil para la nueva sociedad por estar anclada en valores periclitados. El erasmismo es una respuesta moral a este cambio social. La religión moral de Erasmo sí que proporcionaba al juego de ascensos sociales unos valores y unas motivaciones cristianas. Lo hacía desde el interior y desde la vivencia profunda de la fe. Frente a su propuesta la religión ceremonial sólo aportaba tranquilidad a aquellos que cometían las mayores tropelías. Lo interior exige pureza de intención, mientras que lo exterior sosiega la intención estragada, porque cifra lo justo en el cumplimiento de unos ritos.

Este problema está presente en todas las reformas. Sirva de ejemplo, además de Erasmo, Lutero, que liberó al hombre de lo ceremonial y de la tasación de las obras colocándolo a merced de la misericordia de Dios. De este modo se engendra una sociedad de personas confiadas en la providencia y alerta siempre frente a las inclinaciones de su voluntad. Distinta fue la solución de Erasmo, que propugna una religión moral en la que las obras o la práctica consciente y voluntariosa de la virtud ocupan un lugar central. Al esquema de Erasmo responde el autor del *Lazarillo*. Para ambos, como ya se dijo, el problema no reside en la nueva permeabilidad social ni siquiera en el deseo de medrar, sino en las artes que se utilicen para culminar ese proceso.

Por consiguiente, será el proceso y el uso que se dan a las cosas lo que sirva para valorar moralmente las obras. Para ilustrar esto se describe a Lázaro como un ser individualista y egoísta que, como no puede ser de otra forma, entra en contradicción con sus congéneres. Esta actitud discuerda con la que debe seguir el cristiano mirándose en el espejo de los apóstoles que “vivían unidos y tenían todo en común y que vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno” (Hch 2, 44-45). Y para poner de relieve esta discordancia no hay nada mejor que presentar a los hombres en lucha por el pan, que es la necesidad más primaria. Por eso Pablo había dicho de los que suscitan divisiones entre los cristianos sembrando dudas doctrinales y morales que servían “a su propio vientre” (Rm 16, 18). El apóstol volverá a repetir esta imagen en otro lugar aún con más contundencia (Flp 3, 19): “Hermanos, sed imitadores míos, y fijaos en los que viven según el modelo que tenéis en nosotros. Porque muchos viven según os dije tantas veces, y ahora os lo repito con lágrimas, como enemigos de la cruz de Cristo, cuyo final es la perdición, cuyo Dios es el vientre, y cuya gloria está en su vergüenza, que no piensan más que en las cosas de la tierra.”

4. Sociedad sin fe: la sátira picaresca

Esto es el *Lazarillo*: un escenario de personas que son “enemigos de la cruz de Cristo” porque no imitan el modo de vida de los apóstoles, sino que sólo persiguen “las cosas de la tierra”. La señal de su perdición y de su vergüenza es que tienen por Dios al vientre. Este es el tema último de la novela: escenificar el modo de vida según el mundo que arrastran los que tienen por Dios al “vientre”. Esos, en realidad, no tienen fe porque desconfían de la providencia contraviniendo el consejo del propio Cristo en el Sermón de la Montaña, cuando pidió a sus discípulos que se preocuparan del día presente confiando en la providencia que dará a cada ser lo que necesite para su sustento y para su vestido (Mt 6, 25-34). Reiteramos así nuestra opinión de que el tema fundamental de la obra sea la falta de caridad, en especial de aquellos que la tienen impuesta como obligación ministerial (Márquez Villanueva 1968: 110). Todas las anécdotas narradas inciden en este incumplimiento incompatible con el amor que Cristo determinó fuera señal de sus seguidores (Mt 22, 34-40). Todo lo dicho implica que pueda relacionarse el *Lazarillo* con el reverdecimiento del paulinismo del que es ejemplo el propio Erasmo.

Nada de esto apoya la teoría que hace al *Lazarillo* heredero de los *fabliaux* medievales. La seriedad de la obra, bajo su apariencia de chanza, queda al descubierto con el nombre de “tratado” que reciben sus capítulos. Para autores como Rico esta rara denominación jamás usada para las secciones de un libro sería producto de una mano ajena al

autor. Sin embargo, parecen más convincentes Alfred Rodríguez y Clark Colahan (2000) cuando defienden que el término “tratado” se debe al propio autor como lo demostraría su aparición en las tres ediciones de 1554 en Burgos, Alcalá y Amberes. Dando esto por válido y, si se tiene presente que el término “tratado” se ha usado siempre en obras de materias serias, puede concluirse que se utiliza irónicamente para remarcar la discordancia que existe entre la degradación que la obra refleja y la seriedad propia del término. Este oxímoron se muestra ya en un prólogo cuando Lázaro habla de sí como un héroe del esfuerzo cuya heroicidad es poco menos que discutible a tenor del final de la novela (Rodríguez/Colahan 2000: 22-24).

Estas precisiones nos parecen del todo acertadas y convergen con la teoría de Cabo Aseguinolaza que sostiene que en el *Lazarillo* coexisten dos niveles. Por un lado está el *deseo de alabanza* del que se habla en el prólogo y con el que se despertaría en el lector del momento una serie de reminiscencias heroicas. Por el otro, la contradicción de estas reminiscencias con el anecdótico nada heroico que describe la vida de Lázaro. Los propósitos heroicos y su réplica, la realidad antiheroica, se enlazan para dar origen al énfasis irónico que construye la obra. Por ello puede hablarse en realidad de dos prólogos: el dirigido al lector, en el que se habla de lo público, y el dirigido al destinatario, que trata de lo privado (Cabo Aseguinolaza 1994).

A nuestro juicio esta bipolaridad permite diferenciar en la obra el nivel social y el nivel moral: socialmente Lázaro consigue una estabilidad económica y una posición holgada; moralmente lo ha logrado a costa de los principios cristianos. Lo social es lo que le atañe al destinatario, pero el lector sabe que esa lectura es falsa, porque, como sostienen los erasmistas, la solución para salir de la pobreza no es integrarse en la amoralidad pública, sino fomentar la cultura y la imitación de Cristo. En ese sentido su ascenso social justifica el *caso*. Dicho de otro modo: mientras el *caso* pierde importancia para el destinatario ante la realidad de su ascenso social, para el lector de la obra es ejemplo de la falta de moralidad, con la que se ha conseguido ese ascenso, y del cinismo de Lázaro, que apoya su éxito social en su bajeza moral. Sobre esta paradoja se sostiene la ironía de la obra y la desesperanza que aflora de su contenido. La ironía es el sostén de la desesperanza. Por esto no estamos de acuerdo con los que hablan de la obra como una alabanza a la positividad o a la posibilidad de ascender socialmente. Habría más bien que retomar aquí la referencia anterior al *De voluptate* de Valla para reiterar que la caridad resume el placer cristiano. Este debate sobre la singularidad del cristianismo tan en boga en la época permitió al autor del *Lazarillo* poner en escena una serie de personajes inmorales para, con un discurso irónico, mostrar el egoísmo social y la falsa noción de felicidad que se iba imponiendo en la sociedad (Colahan 2001: 560-561).

De esta manera, y con el Nuevo Testamento en la mano, lo que hace el autor del *Lazarillo* es poner en cuarentena el concepto tradicional de *virtus*, que implica que los hombres puedan lograr la excelencia por sí mismos y que, por tanto, la educación, basada en la retórica y la filosofía antiguas, debe tener este objetivo por meta (Skinner 1985: I, 111). Desde esta perspectiva hay quienes propugnan que la novela picaresca defiende una idea de virtud, en consonancia con Maquiavelo, como esfuerzo por lograr fortuna (Barrio Olano 1998). Estos son los que ven la obra como un canto a la posibilidad de ascender socialmente. A nuestro juicio los que argumentan de esta manera sólo tienen presente la lectura del *Lazarillo* desde el punto de vista del destinatario, porque, si se

contrapone esta virtud humanística con el ideal agustiniano del hombre defendido por Erasmo, se debe concluir que, si esa búsqueda de la excelencia no está guiada por la sumisión a Dios y por reconocimiento humano de necesitar la ayuda del propio Dios, la búsqueda no es un acto de *virtus* sino de soberbia. De este modo la virtud cristiana se separa del anhelo de fortuna como dice claramente un erasmista como Vives dirigiéndose a Enrique VIII en *Sobre el gobierno, sobre la guerra y la paz*:

Además de todo lo dicho, la virtud es pacífica, moderada, nada amante de revoluciones, despreciadora de la fortuna hasta tal punto que no tiene en cuenta ni el cuerpo ni las riquezas, pues se apoya y se sustenta por completo en el alma. Y si se añade la piedad cristiana, el conjunto es la perfección de todas las virtudes o, mejor dicho, la única virtud, que se dedica por completo al retiro y, al considerar que esta vida es en cierto modo un viaje, soporta fácilmente el mando de cualquiera (Vives 1992: 37).

La virtud cristiana no es, por tanto, un gesto en el que la voluntad sobrepuja el destino, sino que es vivir desde un alma sometida a Cristo. En el *Lazarillo* triunfa socialmente el que levanta cabeza por sobre su destino, pero todo ello a costa de su derrota moral, porque la excelencia humana está únicamente en las manos de Dios. Por esto en el *Lazarillo* Dios aparece disminuido y manipulado por el hombre. En sus páginas la providencia no pasa de ser un tópico con el que el personaje justifica su buena o mala suerte, pero no es el poder que rige a un alma cristiana. Lázaro está solo y vive en lucha con la fortuna, socorrido sólo por su voluntad. Todo ello responde al tópico dramático clásico según el cual el hombre es una voluntad que combate a la fortuna (Skinner 1985: I, 118). No se interprete esto como una afirmación de que el autor del *Lazarillo* es antihumanista. Todo lo contrario, parece reconocer en el hombre la capacidad de buscar y encontrar la verdad con su libre albedrío, pero poniendo sobre la mesa, como hace Pico della Mirandola, que la voluntad debe usarse para aspirar y elegir las cosas más sublimes:

De manera que, aprovechándonos en exceso de la liberalidad del Padre, siempre indulgente, no volvamos nociva en vez de salubre esa libre elección que Él nos ha concedido. Es necesario que nuestro ánimo se inunde de una sacra ambición de no saciarnos con las cosas mediocres, sino el anhelar las más altas, de esforzarnos por alcanzarlas con todas nuestras energías, dado que, con quererlo, podremos (Pico della Mirandola 2003: 35).

De este modo se concilia la alabanza de la voluntad y de la racionalidad humanas que hacen los humanistas, y que reproducen Erasmo o Vives, con la idea agustiniana de providencia: el hombre tiene capacidad para luchar, pero debe luchar y vivir imitando a Cristo para alcanzar los valores superiores y conformar así una sociedad justa, equitativa y en paz. A esto podemos llamarlo pensamiento erasmista que, al tiempo que sistematiza un conjunto de ideas comunes entre los humanistas del siglo XVI (Bueno 1999), elabora una concepción de la religión práctica o, si se quiere, burguesa contraria a la religión estática medieval (Fuente Merás 2005). Es ésta una religión de pocos argumentos fácilmente practicable por los habitantes de la ciudad que viven inmersos en la lucha por la subsistencia. Sin embargo, en el *Lazarillo* se ilustran los resultados que derivan de suprimir el segundo cociente de la ecuación y entender al hombre como individuo que combate con la sola ayuda de su voluntad contra la fortuna.

5. El *Lazarillo* y los falsos silenos de Erasmo

En consecuencia, en el *Lazarillo* la crítica a los principios precapitalistas no implica la defensa de una moral caduca, estática y estamental. Muy al contrario: propone una moral adecuada a esos nuevos parámetros, regida por la imitación de Cristo y el respeto a los principios básicos del cristianismo que nada tienen que ver con una enmarañada estructura de actos externos silenciadores de la conciencia. Puede afirmarse que la obra revela la crisis de la religión exterior, estamental y estática, pero también lo inadecuado de los principios rectores de la nueva época. Por ello creemos que el *Lazarillo* narra lo que Erasmo llamó un *antisileno*, y de ahí que no pueda decirse que Lázaro es el conocedor de la realidad ni “un narrador de su vida inteligente, entendido, perspicaz y a menudo compasivo” (Ife 1992: 82). Su vida es más bien ejemplo de la falta de moral necesaria para medrar en la sociedad precapitalista:

[Es] una mordaz sátira y condena de una sociedad frívola, egoísta e hipócrita que se apasiona con librescos ideales de bondad, virtud y nobleza; con simultánea total abstracción de las inmensas emergencias materiales y espirituales de la vida real y cotidiana en que aquéllos se demuestran por completo inoperantes (Zimic 2000: 28).

En este sentido se ha indicado a veces que la obra presenta rasgos de parodia de la novela de caballería (Coronel Ramos 2006: 41, 49-55), porque los valores que justifican la actuación de los personajes representan excusas vacías para una sociedad “espiritualmente anémica y lacerada” (Zimic 2000: 28). Así que, teniendo razón Cavillac (1983) cuando sostiene que es un retrato de burgueses en un momento de cambio social o García de la Concha (1982) cuando expone que la obra es una censura de estados realizada por los *homines novi*, no la tiene menos Agüera cuando describe al Lázaro como un “*exemplum vitandum*” (1975: 13-17): un ejemplo a evitar porque no actúa de conformidad con la moral interior que exige la imitación de Cristo expresada en el concepto de caridad. Frente a esto lo que aparece es una apelación vacía al honor cuando los resortes morales y político-sociales de la sociedad están en decadencia (Francis 1978).

Por esto se dice en el prólogo del *Lazarillo* que se espera que algún lector “halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite (2006: 3-4). Agradará a los que sepan profundizar en el significado oculto de la crítica a una sociedad amoral que no se rige por los principios cristianos; deleitará a los que simplemente se queden en la distracción y en el divertimento de las anécdotas. Formulado de otra manera: agrada lo que se comparte y deleita lo que divierte. En consecuencia, sentirá agrado el lector que, en una lectura profunda, comparta las críticas a una sociedad precapitalista sin caridad; sentirá deleite el que disfrute con las anécdotas chocantes y en las que todos reconocen el mundo que le rodea, el proceder de su vecino o el de sí mismo. En definitiva, sentirá agrado el que reconozca en el *Lazarillo* una metáfora de cómo la sociedad se rige por los *falsos silenos* o *antisilenos*:

La mayor parte de los hombres representan y remedan unos silenos contrarios y al revés destes sobredichos. Ca, si bien algunos contemplan el ser y natural de las cosas, hallarán que ningún linaje de hombres está más apartado de la verdadera sabiduría que aquellos que con grandes títulos, con emborlados bonetes, con grandes y autorizantes ropas, con anillos engastados, se venden por perfectos sabios (Erasmo 2004: 47).

Los antisilenos son, pues, los valores antievangélicos que la sociedad precapitalista propone para su imitación. Los proponentes son, en especial, los nobles, el clero y en general todos aquellos que fian su perfección a lo externo. Éstos son los personajes que corretean por las líneas del *Lazarillo*. A ellos sirve Lázaro y de ellos aprende egoísmo. También de ellos aprende a justificarse apelando espuriamente al nombre de cristiano. De ahí que, si en el evangelio se dice que el reino de Dios pertenece a los pobres (Mt 5, 3; Lc 4, 18-19 y 6, 20), el *Lazarillo* es un escenario donde todos huyen de la pobreza con artes discutibles desde la moral cristiana. Si Cristo exige de sus discípulos la renuncia de todo (Mt 8, 19-20; Mc 1, 16-20; Lc 14, 33), en el *Lazarillo* todos contienden por encontrar y poseer algo.

Desde esta perspectiva, el *Lazarillo* expone cómo la gente llana valora y persigue los antisilenos. Lázaro sabrá entonces valorar en su justa medida lo que le aportó el ciego o siente piedad del escudero o se muestra implacable con el fraile de la Merced, del que prefiere ni hablar. Sin embargo, este conocimiento no le conduce a la conversión cristiana, sino al convencimiento de que debe aceptar y aprender a moverse en esa realidad de valores corruptos. Por ello lo que hace es buscarse un hueco en ese engranaje social actuando como ese pueblo que adora los antisilenos, incapaces de renunciar a ellos:

Según dize Aristóteles entre los bienes que propriamente no son bienes del hombre, el más baxo grado tienen las riquezas. Y si os plaze, acerca del pueblo y, lo que peor es, ya entre todos aquel es tenido en mucho que es rico a justo vel injusto. Todo el mundo se va tras estas negras riquezas, por los riscos y huegos pasan a las buscar. Después de las riquezas tienen en mucho la nobleza que llaman linaje [...] Después del linaje tienen en mucho las dotes y gracias del cuerpo; llaman bienaventurado aquel que le tiene fuerte, hermoso, recio, pero con todo esso tienen en más las riquezas o linaje. De los bienes del alma que son las virtudes, ninguna cuenta hazen (Erasmo 2004: 59).

Ésta es la situación descrita en el *Lazarillo*, donde todos los personajes van en pos de la posesión de cosas y, salvo el escudero con su obsesión por el honor y el linaje, todo el resto de amos tienen algo que ver con el clero o con la religión. Aquí puede incluirse incluso al ciego, que vive de la misericordia de los demás que pagan sus oraciones y fórmulas mágicas. En todo caso todos los amos de Lázaro son espejos de antisilenos. Por esto reviste especial relevancia los que pertenecen al clero porque son ellos los responsables últimos, como quedó dicho, no ya de la elección vital de Lázaro, sino del empuje social de estos falsos valores.

Sin modelos, la gente llana, la que vive la fe sin “definiciones” y que no se creen “parientes de Dios y señores de todo” (Erasmo 2004: 49), no tiene otro remedio que acomodarse. Ese acomodo conlleva hacer dejación del nombre y de la dignidad de cristiano. El ejemplo de los clérigos del *Lazarillo* refuta lo que se espera de un sacerdote:

Lo que espera la república cristiana del sacerdote es pasto de doctrina, saludables consejos, consuelo de padre, forma y regla de bivar; y tú al que está dedicado y ofrecido para estas cosas tan excelentes, meterles has en una prisión de cuyados serviles causando juntamente dos males, uno que quitas su dignidad y officio de perlado, otro que privas al pueblo christiano de su pastor. Pues hágote saber que Cristo tiene su reyno y tan excelente que no se debe marcar con otro reyno mundano; por hablarme más claro, con alguna tiranía. Él tiene sus riquezas, su excelencia, sus deleytes (Erasmo 2004: 87).

Así se detalla la subversión de todos los valores y específicamente los dos que constituyen la definición de cristiano: el amor y la humildad. Ambas subversiones se reflejan en la mencionada falta de caridad porque, “aunque repartiera todos mis bienes, y entregara todo mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha” (1 Cor 13, 3) o “aunque subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad (1 Cor 13, 13).

Esas *riquezas, excelencias y deleites* de Cristo contradicen a las del reino mundano y las dos están presentes en la obra si se siguen las dos lecturas posibles: mientras Lázaro vive en el “reyno mundano”, el lector toma noticia por contraste de los valores del reino de Cristo. Desde esta óptica se explica todo el tránsito vital de Lázaro, que relata a su destinatario su nacimiento al reino del mundo. Para llegar a ese alumbramiento tuvo como maestro a un ciego, lo cual es metáfora de la ceguera que se atribuye en el *Enchiridion* de Erasmo a los que se rigen por los valores del mundo. Ésta es la gran metáfora liminar del *Lazarillo*: “Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo” (Mt 15, 14). Por consiguiente, de nada aprovecha a Lázaro ni a los otros personajes de la novela su éxito en el mundo, porque son obras que no conducen al hombre al reino de Dios. El *Lazarillo* parece, pues, una sátira especular donde se registran las huellas que particularizan el reino del mundo regido por falsos silenos. Esta reversión de valores se presenta como un proceso de naufragio moral que tiene por resultado el emborronamiento del significado de las palabras. Para un humanista la mutación del sentido de las palabras sirve de indicio de la mutación de los principios:

Estos son los que tienen en más oro que letras, linaje que virtud, las gracias del cuerpo que la hermosura del ánima, tienen en más las ceremonias que la verdadera religión, las leyes de los hombres que no las de Cristo, la máscara que no la persona, la sombra que no lo firme, lo temporal que lo eterno. Y destas falsas opiniones también tuercen los vocablos de las cosas. Lllaman baxo a lo que de veras es alto, dulce a lo amargo, precioso a lo vil, vida a la muerte, y por darte un gusto de estas cosas, en particular mira qué de errores tiene el vulgo. Lllaman amor al regalo, corrompedor de buenas costumbres, dicen que te aman aquellos que procuran corromper tu buena fama o castidad, como quiera que ninguna obra puede ser más de enemigo. Lllaman justicia quando dan mal por mal, injuria por injuria, venganza doblada por ofensa senzilla. Dizen que no siente bien del matrimonio, el que dize que sea sin mácula y quasi muy pareciente a la virginidad y muy apartado de rufianería. Lllaman traidor y enemigo del príncipe al que dize que no puede ni debe hazer contra las leyes ni contra igualdad. Al que desea que sea verdadero príncipe y no tirano pestilencial y cruel; y por el contrario, aquel es buen consejero y amigo del príncipe que con mala crianza le cría, que le corrompe con falsas opiniones, que le alaba con lisonja, que con dañados consejos le hace enemigo del pueblo, que le rebuelve en guerras y embaymientos vanos y alborotos de reinos. Dize que creçe la majestad del príncipe quando está mezclada con un poco de tiranía y con tal parecer abren puerta a todos los males. Dizen que roba el patrimonio real el que aconseja que se abaxen un poco los tributos (Erasmo 2004: 61-62).

En consecuencia, uno de los vehículos de la ascendencia de los falsos silenos es su asentamiento social a través de las palabras. La lengua así vista es una suerte de trama que sitúa los hechos y las conciencias frente a sí mismos. Con las palabras se pueden justificar los hechos y acallar las conciencias. Vives insiste en este pensamiento en su diálogo *La educación*, en el que el preceptor Flexíbulo pregunta al niño rico Gryferantes sobre ciertos términos:

Fl.: El desconocimiento de las palabras os aleja mucho de la consideración de la verdad. ¿A qué llamas tú bien? Para que sepamos si alguien es mejor que tú.

Gr.: ¿Cómo sé yo qué es el bien? Haber sido engendrado con padres buenos.

Fl.: ¿Ignoras aún qué es el bien y ya sabes qué es lo mejor? ¿Cómo has llegado a los comparativos cuando todavía no has aprendido los positivos? En cuanto a tus progenitores, ¿Cómo sabes que han sido buenos? ¿Por qué marca los distingues? (Vives 1994: 136).

Esto explica la insistencia de los humanistas para que se extienda la educación y se eleve el nivel cultural de toda la sociedad. No en vano el diálogo vivesiano mencionado se titula *La educación*. Teniendo presente estas indicaciones, se comprende que Erasmo contraponga el “oro” a las “letras”, el “linaje” a la “virtud”, la belleza del cuerpo y la del alma, las ceremonias a la verdadera religión, las leyes humanas y las divinas, el personaje a la persona, la sombra a lo estable y lo temporal a lo eterno. El sentido de la palabra “oro” o “linaje” es el espejo del uso y del valor social que se le dan a esas dos realidades. El mismo pensamiento se encuentra en Vives, que se esfuerza por definir claramente estos conceptos: “Las riquezas no son las perlas o los metales, ni los edificios suntuosos o el ajuar bien provisto; antes bien no carecer de aquellos bienes que son necesarios para proteger la vida” (2001: 19). En el mismo sentido define la gloria, el honor, la dignidad y la nobleza:

La gloria es la buena fama por una virtud eminente. El honor es la veneración por una virtud de gran precio. La gracia es el atractivo de una virtud amable. La dignidad es o la recta opinión de los hombres por la virtud bien lograda, o cierto decoro que emerge hacia fuera, nacido de la virtud interior. La nobleza consiste en ser conocido por una excelente conducta, o habiendo nacido de noble estirpe mostrarse semejante a los padres (Vives 2001: 19-20).

Son estas mismas dicotomías las que estructuran el *Lazarillo* desde su doble lectura. Desde el destinatario, se destaca cómo el mundo sólo busca riqueza y comida, la apariencia del linaje o del cuerpo, lo externo de la religión o los valores mundanos. En definitiva, se recalca el imperio de lo temporal y de la sombra o, lo que sería lo mismo en terminología platónica, la opinión más que la verdad y lo mudable más que la auténtica virtud. Sin embargo, desde el lector sobresale el pensamiento de que todos esos valores son en realidad falsos silenos. Entonces es de nuevo necesario aludir al clero, porque su mal ejemplo es una de las causas de la tergiversación de las palabras y de las cosas: “Desseo yo que sean muy ricos los perlados, pero de la margarita del evangelio, de las riquezas del cielo, las cuales quanto más copiosamente las derramaren, tanto más abundarán en ellos (Erasmo 2004: 77).

Esta difuminación de palabras y valores es lo que justifica que Lázaro, en el prólogo, considere que las “cosas” son relativas, “y así vemos cosas tenidas en poco de algunos que de otros no lo son” (2006: 4). Esto es consecuencia de lo que Erasmo ha escrito en la cita que se acaba de trasladar: la subversión de valores hace que se llame “bajo” a lo “alto”, “dulce a lo amargo, precioso a lo vil” o “vida a la muerte”. Esta dinámica de vaciar de contenido los términos es la que lleva al soldado del prólogo de Lázaro a ponerse en peligro o al predicador a triunfar en su prédica (2006: 6-7). En el *Elogio de la locura* reflejó Erasmo igualmente cómo el predicador que triunfa lo hace por la vaciedad de sus palabras en vez de por su hondura evangélica:

En definitiva, el espíritu del hombre está hecho de tal manera que capta mejor la apariencia que la realidad. Si alguien quiere una prueba de esto que digo, que vaya a la iglesia a la hora del sermón: todos dormitan, bostezan y se aburren si se expone algo serio. Pero si el que grita (perdón, quería decir el orador) comienza, como es costumbre, con una historieta de viejas, se despabilan, atienden y escuchan boquiabiertos. Lo mismo sucede cuando se festeja a un santo legendario, creado por la poesía –valga como ejemplo, san Jorge, san Cristóbal, santa Bárbara. Advertiréis que se les venera con más devoción que a san Pedro o san Pablo, o que al mismo Cristo (Erasmus 1984: 89-90).

En consecuencia, el “pobre servicio” que ofrece Lázaro a “Vuestra Merced” es la enseñanza de los valores desvirtuados del mundo, de ahí que asevere que “lo hiciera más rico, si su poder y deseo se conformaran” (2006: 9-10). Así se realzan implícitamente los conceptos mundano y cristiano de riqueza, vinculados condicionalmente al “poder” y al “deseo”: se puede lo que se desea. Por ello cada uno puede ser más o menos rico o puede escoger la riqueza del mundo o de Cristo según quiera. Pero Lázaro es un clarividente que reconoce el valor de los dos mundos, pero que, consciente de que el reino del mundo no puede cambiarse, opta por adaptarse. Por esta razón su “poder” y su “deseo” están en contradicción, o, dicho de otro modo, han superado la contradicción acomodándose el deseo al poder, en vez del poder al querer. Ésta es la razón por la que no puede aportar a “Vuestra Merced” más riqueza que la del mundo, aunque le advierte que podría encontrar otra mayor si su deseo se sobrepusiera a lo posible en un mundo de individuos que luchan por sobrevivir.

En estas circunstancias no cabe otra definición de hombre que la de un ser en lucha con la fortuna. Esto resta méritos a los que tuvieron la fortuna de cara y se los añade a los que “con fuerza y maña remando salieron a buen puerto (2006: 11). El “buen puerto” es el éxito del mundo que, en el “caso” de Lázaro se apoya en la aceptación de una situación indigna. No extrañe, sin embargo, la denominación de “buen puerto”: lo es porque proviene de sumisión del querer a lo posible. Esta sumisión no planteará discordias internas en el corazón de Lázaro porque, como decía Erasmo, da cuentas de su realidad con unos términos que califican de “amor” al “regalo” o de “justicia” a la “ley del talión”.

Desde esta clave el realismo del *Lazarillo* tantas veces ponderado es un recurso para dar la apariencia al relato de discurso historiográfico. De este modo, en coherencia con el principio básico del relato histórico latino, el *Lazarillo* contribuye a guardar memoria de lo inusitado y “señalado”. Lo dice el propio Lázaro en el prólogo al calificar los hechos de su vida de “cosas tan señaladas” y además “nunca oídas ni vistas” (2006: 3). Lázaro se postula como historiador (Rico 2000: 21) que muestra cómo un pobre puede llegar a “buen puerto”. Por esto procura que no se pase nada importante (Ramajo Caño 2001: 354). Y lo más importante será la constatación gloriosa de un éxito que conlleva implícitamente un contraejemplo de depravación moral. Decimos “gloriosa” en sentido etimológico porque es, para el destinatario, un ejemplo de superación y, para el lector, una muestra de cinismo y fanfarronería.

Hay que advertir que no se debe analizar el realismo de la obra como si se tratara de una novela del siglo XIX. El concepto de realismo que se le puede aplicar es el derivado de Aristóteles, que justifica lo poético como recreación de las cosas como deben ser. En su caso el “deber ser” es más satírico que historiográfico, porque es confirmación de la derrota moral de la sociedad más que ejemplo de un éxito digno de ser imitado. El autor tenía presente sin duda el *ridendo dicere verum* horaciano, desde el que se unifican todas las

anécdotas de la novela en un único tema presentado con la sencillez y claridad exigida por el propio Horacio: la vida contraria a los valores cristianos. Ese trasfondo satírico horaciano es el que clarifica la ironía de reflejar una historia con la seriedad propia de un tratado en la que se descubre con el revelado de la sátira que lo “señalado” o lo relevante de la vida de Lázaro es la infamia de vivir en un acomodo indigno. En consecuencia, el *Lazarillo* es un diálogo satírico escrito con tonalidades horacianas para censurar unos vicios sociales presentados, a la manera de historiador, como constatación de hechos dignos de recuerdo. Es en realidad el mismo propósito de Erasmo en su *Elogio de la locura* según le dijo el holandés a su amigo el teólogo Martin Dorp: “Y en la *Moría* expresé las mismas ideas que en el *Enchiridion*, pero en broma. Quise aconsejar, no morder; hacer el bien, no insultar; trabajar, pero no contra los intereses de los hombres (Erasmo 1984: 149).

Esto mismo es lo que hace el autor del *Lazarillo* con las dos lecturas de su obra. En el *Lazarillo* que deleita dirigido al destinatario, como en la *Moría*, se escenifica en clave de broma de los falsos silenos que contravienen los principios de la fe y de la vida cristiana; en el que agrada dirigido al lector, como en el *Enchiridion*, se exponen por vía de contraejemplo los principios de la vida cristiana empezando por el distintivo de la caridad. Esta doble lectura es posible porque la actitud del autor del *Lazarillo* es también como la de Erasmo, es decir, pretende constatar sin juzgar o atacar de manera directa:

Todos sabemos cuánto se podría decir contra pontífices indignos, obispos y sacerdotes corruptos y príncipes viciosos, en suma, contra cualquier clase social, si siguiendo a Juvenal no me avergonzara de confiar al papel cosas de que muchos no se avergüenzan. Me he limitado a registrar lo que hay de cómico y de absurdo en el hombre, no lo repugnante. Pero de tal manera que, de paso, toco cosas serias y oriento en lo que creo que la gente debe oír (Erasmo 1984: 153).

El *Lazarillo* también recrea y sintetiza aquello de lo que “muchos no se avergüenzan”. En su caso se refiere en concreto a todo lo que atenta contra el principio de la caridad. Con ese retrato se chanea de lo “absurdo del hombre” pero con la misma intención de Erasmo de reorientar la moral y no de destemplan los ánimos de los hombres. Por ello, el realismo satírico del *Lazarillo* encaja con la propuesta de Lázaro Carreter (1983), que planteó, siguiendo a M. Bataillon, la presencia en sus páginas de motivos propios del cuento tradicional en los tres primeros tratados y del influjo estructural del *Asno de Oro* a partir del cuarto. No vamos a entrar en esta cuestión, que había sido discutida antes de Lázaro Carreter por Lida de Malkiel (1976: 107-122), pero si diremos que la presencia de lo folclórico en el *Lazarillo*, sea cual sea su alcance, redundaría en defensa de lo que decimos, porque lo folclórico topicaliza la imagen que el pueblo tiene de la realidad. Por ello, si algunos de los motivos que el autor maneja para reflejar su sociedad anticristiana son folclóricos, podemos decir que no habría encontrado mejor manera de hacer calar la crítica, porque lo estaría haciendo a través de imágenes que todos comparten. En esta circunstancia el “debe ser” se corresponde con la imagen que el vulgo tiene de la realidad. Por tanto, la obra no necesita ser una foto de la realidad para mostrar la propia realidad (Rico 1998: 14). Su veracidad reposa sobre el hecho de que todos reconozcan que lo que allí se relata responde a lo que todos experimentan día a día. Lo relevante es que esta veracidad es una condición indispensable para dotar a la obra de fuerza satírica y de capacidad de divertir, según agrade o deleite al lector. Por ello dice Lázaro en el prólogo

que no hay que desechar las cosas sin más, sino que hay que comunicarlas (2006: 5). La comunicación de las experiencias es lo único que puede producir el efecto que espera de su historia: alabanza por el esfuerzo de dejar memoria de su honra (2006: 5-6).

No cabe mayor ironía, porque esa honra muestra a las claras que el reino de Cristo no es de este mundo (Mt 22, 16-22). El *caso*, sin entrar ahora en si la obra es un intento de exculparse de los rumores que corrían sobre Lázaro (Rico 1988: 13-23; 57-68), permite diferenciar entre el éxito del mundo y el reino de Cristo. Éste es inseparable de una intachabilidad moral nacida de la confianza en la providencia, actitud incompatible con la “fuerza y maña” que rige la vida del mundo. Por ello, creemos que tiene razón El-Outmani cuando dice que “Si la vida de un santo es ejemplar, la vida de Lazarillo es contraejemplar. Desde un punto de vista espiritual, atestiguamos la muerte, en vez del nacimiento, de la conciencia (2007: 2). Esta muerte de la conciencia también fue mencionada por Vives, para el que la ceguera humana era tan grande que impedía incluso aprender de los ejemplos:

Estamos ciegos, pues no nos mueven los ejemplos que se presentan todos los días a nuestros ojos, sino que apartamos de ellos nuestro espíritu; pensando que no estamos sujetos a la común condición de los hombres a pesar de ser hombres: a unos son quitados los hijos, para los que habían acumulado enormes riquezas (2004: 105).

En definitiva, el *Lazarillo* puede circunscribirse dentro de una serie de obras que propugnan la reforma de la Iglesia desde el interior de la propia Iglesia. Este modelo de reforma se desarrolla como requerimiento para elevar la moralidad del clero y su nivel cultural. Con el ejemplo del clero y con su enseñanza es como podrían purificarse las costumbres de todos los hombres para poder ser auténticos cristianos en el contexto precapitalista en que se mueven. En consecuencia, la religión es el trasfondo que sostiene la narración del *Lazarillo* orientada en los dos sentidos que se ha indicado: el dirigido a “Vuestra Merced” y el dirigido al lector. En ambos subyacen los valores cristianos en su lectura erasmista, aunque, en la primera de las coordenadas narrativas de la novela esos valores aparezcan subvertidos sirviendo de excusa a una sociedad que sólo cree en el dinero. En la coordenada del lector, sin embargo, el relato es una materialización de las consecuencias que se derivan de no vivir según Cristo. Ambas lecturas, en última instancia, se sostienen sobre la máxima de que los curas, si estuvieran bien formados y se rigieran por una moral intachable, podrían ser lo que deben: espejos morales y auténticos pastores. En el *Lazarillo*, no obstante, son sólo un ejemplo de avaricia y ambición y un contraejemplo de caridad.

Bibliografía

- Agüera, Victorio G. (1975): *Un pícaro catalán del siglo xv (El Spill de Jaume Roig y la tradición picaresca)*. Barcelona: Hispam.
- Asensio, Manuel J. (1959): “La intención religiosa del *Lazarillo de Tormes* y Juan de Valdés”. En: *Hispanic Review*, 27, pp. 78-102.
- (1960): “Más sobre el *Lazarillo de Tormes*”. En: *Hispanic Review*, 28, pp. 245-250.
- Barrio Olano, José Ignacio (1998): *La novela picaresca y el método maquiavélico*. Madrid: Pliegos.

- Bataillon, Marcel (1950): *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*. Traducción de Antonio Alatorre. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bueno, Gustavo (1999): *España frente a Europa*. Barcelona: Alba Editorial.
- Cabo Aseguinolaza, Fernando (1994): "El caso admirable de Lázaro de Tormes: otra vez sobre el prólogo del *Lazarillo*". En: *Salina*, 8, pp. 29-32.
- Castro, Américo (³1967): "Perspectiva de la novela picaresca". En: Castro, Américo: *Hacia Cervantes*. Madrid: Taurus, pp.118-142.
- Cavillac, Michel (1983): *Gueux et marchands dans le Guzmán de Alfarache (1599-1604). Roman picaresque et mentalité bourgeoise dans l'Espagne du Siècle d'Or*. Bordeaux: Institut d'Études Ibériques et Ibéro-américaines/Université de Bordeaux.
- Cilveti Lucumberri, Ángel (1986): "Lorenzo Valla y el nuevo paradigma intelectual". En: Revuelta Sañudo, Manuel/Morón Arroyo, Ciriaco (eds.): *El erasmismo en España. Ponencias del coloquio celebrado en la Biblioteca de Menéndez Pelayo del 10 al 14 de junio de 1985*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 53-72.
- Colahan, Clark (2001): "Epicurean vs. Stoic Debate and Lazarillo's Character". En: *Neophilologus*, 85, 4, pp. 555-564.
- Colahan, Clark/Masferrer, Roberto (2007): *Díaz de Luco's Guide for Bishops. Spanish Reform and the Lazarillo*. Tempe, AZ: Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies.
- Coronel Ramos, Marco Antonio (2006): "Estructuras satíricas en los relatos picarescos". En: Vaíllo, Carlos/Valdés, Ramón (eds.): *Estudios sobre la sátira española en el Siglo de Oro*. Madrid: Castalia, pp. 35-58.
- Cruz, Anne J. (1999): *Discourses of Poverty: Social Reform and the Picaresque Novel in Early Modern Spain*. Toronto: University of Toronto Press.
- Díaz de Luco, Juan Bernal (1996): *Aviso de curas*. Introducción y edición de José Luis Tejada Herce. Madrid/Salamanca: Fundación Universitaria Española/Universidad Pontificia de Salamanca.
- El-Outmani, Ismail (2007): "Picaresca". En: <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero35/picaresc.html>> (04/01/2008).
- Erasmo de Rotterdam (1984): *Elogio de la locura*. Introducción, traducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián. Madrid: Alianza.
- [Erasmí, D.] (2004): *Silenos de Alcibiades/Sileni Alcibiadis* [edición bilingüe]. Traducido por el maestro Bernardo Pérez. Edición, introducción y notas de Andrea Herrán Santiago y Modesto Santos López. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca.
- Francis, Alán (1978): *Picaresca, decadencia, historia. Aproximación a una realidad histórico-literaria*. Madrid: Gredos.
- Friedman, Edward H. (1997): "Coming to Terms with Lázaro's Prosperity. Framing Success in 'Lazarillo de Tormes'". En: *Crítica Hispánica*, 19, 1-2, pp. 41-56.
- Fuente Merás, Manuel de la (2005): "El 'Erasmismo' en la España Imperial. Una aproximación a su verdadero significado". En: <<http://www.nodulo.org/ec/2005/n042p11.htm>> (12/02/2006).
- García de la Concha, Víctor (1972): "La intención religiosa del *Lazarillo*". En: *Revista de Filología Española*, 55, 3-4, pp. 243-278.
- (1981): *Nueva lectura del Lazarillo. El deleite de la perspectiva*. Madrid: Castalia.
- Hanrahan, Thomas (1983): "'Lazarillo de Tormes': Erasmian satire or Protestant Reform?". En: *Hispania*, 66, 3, pp. 333-339.
- Ife, B. W. (1992): *Lectura y ficción en el Siglo de Oro. Las razones de la novela picaresca*. Traducción de Jordi Ainaud. Barcelona: Editorial Crítica.
- Kaufman, Peter Iver (1982): "John Colet's *Opus de sacramentis* and Clerical Anticlericalism: The Limitations of 'Ordinary Ways'". En: *The Journal of British Studies*, 22, 1, pp.1-22.
- Lazarillo de Tormes* (¹⁶2006). Edición de Francisco Rico. Madrid: Cátedra.
- Lázaro Carreter, Fernando (³1983): *"Lazarillo de Tormes" en la picaresca*. Barcelona: Ariel.

- Lida de Malkiel, María Rosa (1976): “Función del cuento popular en el *Lazarillo de Tormes*”. En: Lida de Malkiel, María Rosa: *El cuento popular y otros ensayos*. Buenos Aires: Losada, pp. 107-122.
- Márquez Villanueva, Francisco (1968): “La actitud espiritual del *Lazarillo*”. En: Márquez Villanueva, Francisco: *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*. Madrid: Alfaguara, pp. 69-137.
- Pico della Mirandola, Giovanni (2003): *Discurso sobre la dignidad del hombre*. Traducción y prólogo de Antonio Tulián. Buenos Aires: Longseller.
- Ramajo Caño, Antonio (2001): “El perfil ciceroniano en el prólogo del ‘*Lazarillo*’”. En: *Revista de Filología Española*, 81, 3-4, pp. 353-367.
- Rico, Francisco (1967): “Introducción”. En: Rico, Francisco (ed.): *La novela picaresca española I: Lazarillo de Tormes. Guzmán de Alfarache/Mateo Alemán*. Barcelona: Planeta, pp. I-CLXXXIX.
- (1988): *Problemas del “Lazarillo”*. Madrid: Cátedra.
- (1998): “Romanzo picaresco e storia del romanzo”. En: Anselmi, Gian Mario (ed.): *Dal primato allo scacco. I modelli narrativi italiani tra Trecento e Seicento*. Roma: Carocci, pp. 13-30.
- (2000): *La novela picaresca y el punto de vista*. Nueva edición corregida y aumentada. Barcelona: Seix Barral.
- Rodríguez, Alfred/Colahan, Clark (2000): “Por qué se llaman ‘tratados’ los capítulos del *Lazarillo*”. En: *Hispanófila*, 130, pp. 21-26.
- Ruffinatto, Aldo (1989): “Come nasce un modello: il caso ‘*Lazarillo*’”. En: Battafarano, Italo Michele/Taravacci, Pietro (eds.): *Il picaro nella cultura europea*. Gardolo di Trento: Reverdito, pp. 9-35.
- Skinner, Quentin (1985): *Los fundamentos del pensamiento político moderno*. I: *El Renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Uzzi, Jeannine/Colahan, Clark (2004): “False Honor and Fortune’s Peak in 1503: ‘*Lazarillo de Tormes*’ in Context”. En: *Hispanófila*, 140, pp. 21-36.
- Valla, Lorenzo (1977): *On Pleasure/De voluptate* [edición bilingüe]. Translated by A. Kent Hieatt and Maristella Lorch. Introduction by Maristella de Panizza Lorch. New York: Abaris Books.
- Vives, Juan Luis (1992): “Sobre el gobierno, sobre la guerra y sobre la paz”. En: Vives, Juan Luis: *De Europae dissidiis et republica/Sobre las disensiones de Europa, y sobre el estado*. Traducción y notas de Francisco Calero y M^a. José Echarte. Valencia: Ajuntament de València, pp. 33-48.
- (1994): *Linguae latinae exercitatio/Ejercicios de lengua latina*. Traducción y notas de Francisco Calero y M^a. José Echarte. Valencia: Ajuntament de València.
- (2001): *Introducción a la sabiduría/Introductio ad sapientiam*. Traducción, notas y estudio por Ismael Roca Meliá y Ángel Gómez-Hortigüela Amillo. Valencia: Ajuntament de València.
- (2004): *De subventionem pauperum/Sobre el socorro de los pobres. De communionem rerum/Sobre la comunión de bienes*. Introducción, traducción y notas de Francisco Calero. Valencia: Ajuntament de València.
- (2009): *Diálogo de doctrina cristiana*. Introducción, edición y notas de Francisco Calero Calero y Marco Antonio Coronel Ramos. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos/Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Zimic, Stanislav (2000): *Apuntes sobre la estructura paródica y satírica de Lazarillo de Tormes*. Pamplona/Madrid/Frankfurt/M.: Universidad de Navarra/Iberoamericana/Vervuert.